

La conmemoración de la Guerra del 47 en México, cien años después

FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.

En 1947 se conmemoró el centenario de la invasión estadounidense que devino en la pérdida del 55% del territorio nacional, pero dicha recordación no se efectuó en el mes de septiembre, pues se adelantó unos meses: a principios de marzo de ese mismo año llegó a nuestro país el presidente Harry S. Truman, primer mandatario de los Estados Unidos que visitaba la capital de la República mexicana. Entre los objetivos de su periplo estaba el reforzamiento de los vínculos con Latinoamérica ante la proximidad de la Conferencia Interamericana que se celebraría en Río de Janeiro y la aguda confrontación que su país empezaba a tener con una antigua aliada, la URSS. Por ello, era importante visitar a los buenos vecinos del sur, que acababan de inaugurar un régimen civilista cuya base política la aportaba la revolución institucionalizada y que se proponían el progreso económico de México mediante el impulso de la industrialización orientada a sustituir importaciones. En la primavera de ese mismo año de 1947 el licenciado Miguel Alemán Valdés paseó su veracruzana simpatía por las principales ciudades estadounidenses, como Washington y Nueva York, donde se le recibió entusiastamente, mientras se le elogiaba como ejemplo de un líder civil, moderno y progresista.

El áspero nacionalismo mexicano de antaño había sido convenientemente suavizado ante las duras realidades mundiales y el nuevo proyecto de la Revolución enarbolado por la novel generación de licenciados y tecnócratas posesionados del aparato estatal, quienes no dejaron de señalar que pretendían el desarrollo integral de toda la nación con el fin de lograr la anhelada justicia social, meta principalísima de aquel movimiento social, que por esos

días todavía gozaba de cabal salud (sin que faltara quien piadosamente le extendiera la extremaunción).¹ Prueba de la nueva relación entre México y los Estados Unidos son las siguientes palabras del presidente Alemán pronunciadas en ocasión de su visita al valle del Tennessee, ambicioso ejemplo del polo de desarrollo que se quería implantar en México:

Mientras otros discuten, nuestros pueblos se acercan en un sano deseo de entendimiento y de comprensión. Y, mientras otros se pierden, con los ojos fijos en el pasado —que es a menudo, discordia y odio— nuestros pueblos se asocian sinceramente, con los ojos puestos en el futuro, que ha de ser de respeto, armonía, afecto y alianza de todas las voluntades para progresar colectivamente, sin egoísmo y sin rencor.²

Por su parte, en su visita a la antigua Tenochtitlan, el mandatario estadounidense, fuera de programa, depositó una ofrenda floral en el obelisco erigido en honor de los Niños Héroes en Chapultepec, gesto que contó con la simpatía de las autoridades mexicanas por considerar que ayudaba a cicatrizar “una dolorosa herida” (por cierto, se cuenta que manos anónimas arrojaron la ofrenda a las puertas de la embajada de los Estados Unidos, lo que daba cuenta de la existencia de un poderoso sentimiento de nacionalismo resentido pese a la pregonada buena vecindad entre ambos países).

¹ Vid Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 2, vol. xxxii, marzo-abril de 1947, pp. 29-51.

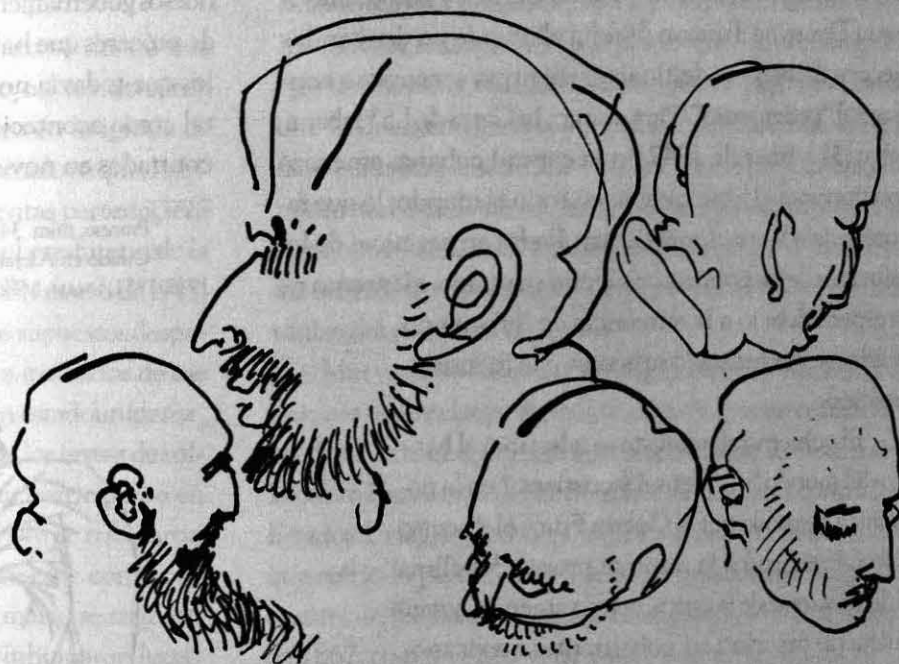
² Visita del Excmo. Sr. Lic. Don Miguel Alemán, presidente de los Estados Unidos Mexicanos, a los Estados Unidos de América, 29 de abril-7 de mayo de 1947, IBM, Estados Unidos de América, 1948, s.p.

Recordemos que en la inmediata posguerra la confianza en la grandeza de México irradiaba desde el poder público al resto de los mexicanos. Era sólo cuestión de tiempo, trabajo tesonero y acatamiento a la consigna de la unidad nacional para que lográramos alcanzar a las decantadas promesas de la Revolución de 1910: justicia social, soberanía nacional y democratización política, amparado todo ello en la independencia económica. El gobierno presidido por el licenciado Miguel Alemán Valdés (1946-1952) se lanzó a la ardua tarea de modernizar el país con un proyecto económico que privilegiaba el apoyo al capital y la iniciativa privados, a la vez que fortalecía el papel rector del Estado, con objeto de lograr un desarrollo equilibrado y dejar atrás la miseria y la ignorancia, males seculares de nuestro pueblo. Los afanes de esos años se aprecian en la siguiente declaración de Manuel Germán Parra, subsecretario de Economía: "La instauración y el desarrollo del capitalismo en nuestro país y la liberación económica de México han sido y continúan siendo hasta el presente los dos grandes objetivos de la Revolución mexicana."³

La ayuda estadounidense se requería para llevar adelante los ambiciosos planes económicos del régimen, aunque siempre se insistió en que el desarrollo debía lograrse con recursos propios y bajo la conducción de mexicanos. Se aceptó la necesidad del capital extranjero, pero con la condición de que se invirtiera en tareas necesarias, que no entrara en competencia con el capital nacional, que trajera tecnología y que no descapitalizara al país. Si bien se hicieron serios esfuerzos por contratar préstamos externos, sobre todo intergubernamentales o de los nuevos organismos multilaterales nacidos en Bretton Woods, que se consideraban los más ventajosos, los resultados no fueron muy satisfactorios, pues tales créditos tardaron en llegar, o no llegaron.⁴ A pesar del aparentemente magnífico clima de entendimiento entre

los dos países, no todo era miel sobre hojuelas. Como escribe la investigadora Blanca Torres:

El gobierno de México se encontraba molesto porque los norteamericanos no aceptaban una revisión a fondo del tratado comercial de 1942 (el cual fue denunciado en 1950), por la dificultad para adquirir cierta maquinaria y equipo en los Estados Unidos, por la negativa norteamericana a otorgar préstamos para el petróleo y por su presión para que se readmitieran las compañías petroleras.⁵



Reynaldo Velázquez

Con todo, nuestro país necesitaba el beneplácito y la complacencia de su vecino ante el esfuerzo industrializador, pues se trataba de su principal cliente, con un porcentaje que oscilaba entre ochenta y ochenta y cinco por ciento del comercio exterior, por lo que se reafirmaron los principios de buena vecindad con esa nación.

Al terminar la segunda guerra mundial se abrigó la esperanza de que el triunfo de los aliados se resolvería en un mayor apoyo a los países atrasados, los cuales querían contar también con las ventajas de una vida democrática, posible sólo en condiciones de solidez económica y paz social. Por eso, el presidente Alemán, durante su gira de buena voluntad por los Estados Unidos, insistió ante su anfitrión en la necesidad de preservar la democracia y la libertad que se vivían en el nuevo mundo —valores que, afirmaba,

³ Hoy, núm. 690, 13 de mayo de 1950.

⁴ El Eximbank y el BIRF autorizaron 223.5 millones de dólares, la mayor parte de los cuales se destinó a dependencias gubernamentales y empresas paraestatales, aunque también a proyectos privados. Estos préstamos no se usaron en su totalidad durante el sexenio. Vid Blanca Torres, *Historia de la Revolución mexicana. Hacia la utopía industrial (1940-1952)*, vol. 21, El Colegio de México, México, 1984, p. 183.

⁵ *Ibid.*, p. 167.

eran los mismos por los que había luchado el pueblo mexicano en 1910— y consolidarlos por medio de un desarrollo económico equilibrado y compartido, base a su vez de la paz y de la solidaridad continental. Como no se cansaba de repetir don Miguel, “el verdadero significado de la buena vecindad es cooperación”.

A fines de la década de los cuarentas, era evidente que la libertad y la justicia prometida por los países industrializados en la Carta del Atlántico a sus congéneres menos favorecidos no habían sido más que buenas palabras. Estados Unidos se volcó, por medio del Plan Marshall, hacia la reconstrucción de la devastada Europa y Japón, mientras la Doctrina Truman dividía al mundo en dos bandos irreconciliables y se destinaban cuantiosos recursos a contener el “peligro rojo”. Para colmo, la Carta de La Habana, debatida a fines de 1947 en la capital cubana, amenazó con imponer el libre cambio en todo el mundo, lo que favorecería a las naciones desarrolladas en perjuicio de los esfuerzos de las pobres por superar su estado; el intento no prosperó debido a la renuencia de quienes no quisieron ver frustrado su acceso a la industrialización.

El gobierno alemanista se adscribió al bando del mundo “occidental y cristiano” en la polémica desatada por la Guerra Fría y el discurso oficial recurrió a la retórica propia del clima internacional de la época, pero la amenaza comunista no desveló a los gobernantes mexicanos, quienes actuaban con un pragmatismo ideológico digno de mejor causa. Como declaraba el presidente, durante su mandato “se combatirá al comunismo en el país con hechos, no con palabras”.⁶ Durante el periodo se destacaron los valores patrios y la doctrina de la “mexicanidad”, consistente en “la conciencia de que en nosotros mismos—en nuestro esfuerzo tesonero en el trabajo y en nuestras convicciones morales y espirituales— radica la solución de nuestros problemas”.⁷ Son los tiempos de la “filosofía de lo mexicano”, movimiento de autoafirmación, a la vez que se propugnaba el universalismo de toda expresión humana.

⁶ *Excelsior*, 22 de marzo de 1949.

⁷ Discurso de toma de posesión de Miguel Alemán, en *Los presidentes de México ante la nación. 1821-1966*, t. IV, Cámara de Diputados, México, 1966, p. 355.

Carlos Monsiváis señala que, durante el alemanismo, “El punto central es el canje de la épica revolucionaria por la épica capitalista”,⁸ canto de sirena que no dejó de escuchar la burocracia, floreciente y próspera al amparo del popular dicho, surgido durante estos años, de que “vivir fuera del presupuesto es vivir en el error”. Efectivamente, durante el sexenio alemanista se difundió una verdadera epidemia de “huesitis”. Como festejaba el periódico *Excelsior* en su frase de la semana: “¿Quién, en la época que vivimos, no anda en busca de un hueso?”⁹

Pero no se andaba sólo en busca de los codiciados huesos gubernamentales, sino también de los auténticos, los de próceres que habitaban el panteón patrio y también de los que todavía no se aceptaban en la historia de bronce, tal como aconteció con los restos de Hernán Cortés, encontrados en noviembre de 1946 en la iglesia del antiguo

⁸ *Proceso*, núm. 343, 30 de mayo de 1983, p. 17.

⁹ Citado en Alejandra Moreno Toscano, *Los hallazgos de Ichcateopan. 1949-1951*, UNAM, México, 1980, p. 119.



BLUE PANTHER Y DR. RAQUIL
RETADORES

“GRAN REVANCHA EN SUPER LIBRE”

ATLANTIS Y MR. NIEBLA

CONTRA

VILLANO III Y SHOCKER

EXPLOSIVA LUCHA ESPECIAL 3 VS 4

GIGA

DE JALISCO Y

“UNIVERSO”



9 AÑOS ACOMPAÑADOS POR U

Hospital de Jesús, fundado por él en 1524. El hallazgo fue posible gracias a las pesquisas de Francisco de la Maza y Alberto María Carreño, "mocho profesional", como él mismo se nombraba. Después de los estudios conducentes, que validaron la autenticidad de los restos, se reinhumaron en el mismo lugar y se colocó una placa de bronce para dar cuenta del acontecimiento. El homenaje oficial se concretó a declarar monumento histórico el Hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno. Un año después, en el mes de diciembre, se cumplió el cuarto centenario del fallecimiento del conquistador español, fecha que pasó convenientemente inadvertida.¹⁰

A partir del referido descubrimiento se desató una verdadera fiebre de búsqueda de despojos: se rastrearon los restos de Francisco Javier Clavijero en la iglesia de Santa Lucía, en Bolonia, pero luego se concluyó que, habida cuenta de la gran cantidad de osamentas pertenecientes a jesuitas mexicanos depositadas en el presbiterio de la iglesia, era imposible localizar aquéllos. En marzo de 1947, gracias a la tradición oral, se hallaron los supuestos despojos de los Niños Héroes, mientras que, a mediados de ese mismo año del centenario de la invasión estadounidense, se encontraron en las Lomas de Padierna los restos de soldados de México y de Estados Unidos que participaron en la batalla de ese nombre; en enero de 1948 se tributaron a don Justo Sierra homenajes de urna presente con motivo del centenario de su natalicio, y en marzo se trajeron los restos de don Carlos Pereyra, que se inhumaron luego de que se honrara la memoria de éste. Nemesio García Naranjo —señero personaje de la derecha mexicana— aprovechó el viaje para solicitar el traslado de los huesos de don Porfirio, los que aún reposan en el cementerio Montparnasse de París.

Pero el hecho que va a desatar una verdadera zarabanda en el caldeado clima ideológico de la época es el hallazgo de los supuestos restos del rey Cuauhtémoc, el 26 de septiembre de 1949, en el pueblecito de Ichcateopan, Guerrero, gracias al admirable tesón de doña Eulalia Guzmán y al apoyo de las más altas esferas oficiales y de los indigenistas que en el mundo han sido quienes, desde el descubrimiento de los despojos del conquistador extremeño, querían sacarse la espina. No faltó quien señalara que este suceso era parte de una confabulación continental con fines de ensalzamiento hispánico, como lo probaba el reconocimien-

to en Perú de la momia de Francisco Pizarro el mismo año de 1946.

Luego de haberse encontrado los supuestos restos del soberano mexica se desató una avalancha de homenajes al "único héroe a la altura del arte", convenientemente auspiciados por el poder oficial y oficioso. Los ánimos no menguaron cuando la comisión nombrada para verificar la autenticidad de los restos dictaminó que eran falsos. La prensa se ensañó contra los miembros de ese grupo y el gobierno, por voz del licenciado Manuel Gual Vidal, secretario de Educación Pública, apuntó que la grandeza del último soberano azteca estaba por encima de sus restos materiales, auténticos o no, por lo que los homenajes al "joven abuelo" proseguirían, aunque no dejó de recalcar que México constituía una nación mestiza. Esta afirmación cumplía plenamente con uno de los principales propósitos del Estado mexicano, que con gran ahínco desde la República Restaurada buscaba imprimir cohesión e infundir sentido de identidad y pertenencia a todos los habitantes del territorio nacional.

Mas vayamos ahora al tema principal de este trabajo, después de una larga digresión cuyo objeto ha consistido en descubrir el contexto histórico donde se desarrolló la conmemoración del centenario de la guerra contra los Estados Unidos. Como es lógico suponer, la generación que sufrió la pérdida territorial no quiso saber nada del asunto; no fue hasta el triunfo liberal contra los franceses, en 1867, cuando pudo verse cara a cara el trauma del despojo. Pero sólo más tarde, durante el Porfiriato cuando se institucionalizó la conmemoración: se recordaba la heroica batalla de Molino del Rey, ocurrida el 8 de septiembre,¹¹ donde las armas nacionales fueron derrotadas con honor y gloria, precisamente en contraste con la defensa del castillo de Chapultepec, suceso a lo largo del cual abundaron la incompetencia y las desertiones. Con el paso del tiempo, el mito entronizado en el imaginario colectivo fue el de los Niños Héroes, cadetes de 14 a 19 años de edad que defendieron con sus vidas el lábaro y la soberanía patrios, caídos el 13 de septiembre de 1847 en Chapultepec —sí es cierto históricamente que un grupo de cadetes del Colegio Militar se batieron valerosamente contra el enemigo, pero mucha de la parafernalia patriótica permanece en la incertidumbre y es fruto del empeño de conformar la nacionalidad—. No por casualidad en un texto

¹⁰ Vid Felicitas López Portillo T., "Hispanismo e indigenismo: la polémica de los (verdaderos) huesos de Cortés y Cuauhtémoc", en *Revista Universidad de México*, núm. 527, diciembre de 1994, pp. 22-29.

¹¹ En fecha tan temprana como septiembre de 1856 se erigió un monumento en este sitio.

de 1883 aparecen por vez primera los nombres de los Niños Héroes, verdaderos unos y otros no tanto). La Asociación de ex Cadetes del Colegio Militar fue el primer organismo que se propuso celebrar el sacrificio de los adolescentes, ritual repetido año tras año hasta su total institucionalización por el Estado, ocurrida precisamente durante el periodo que se analiza en este artículo.¹²

Desde 1946, la referida asociación se acercó al general Ávila Camacho con objeto de empezar los preparativos de conmemoración del centenario que se avecinaba, pero don Manuel terminaba su periodo en noviembre, por lo que dejó el paquete al siguiente gobierno, que acogió entusiasta la iniciativa. Miguel Alemán era un astuto político y no desaprovechó la ocasión para rendir pleitesía a unos héroes sin tacha, mientras ligaba su imagen a uno de los mitos históricos de más honda raigambre en el imaginario popular.

Inexplicablemente, y al contrario de lo que sucedía con el resto de los héroes de la historia oficial de bronce, que llenaban plazas, calles y glorietas, los Niños Héroes no tenían un monumento que diera fe de su importancia simbólica (se habían inaugurado dos monumentos a su memoria, uno en 1882 y el otro en 1923, pero ambos eran modestos), por lo que se abrió un concurso para erigirlo, nada menos que en el bosque de Chapultepec, digno marco de su hazaña. Se creó el Comité Nacional Pro Conmemoración Héroes de 1847, presidido por el general Aarón Sáenz, y se conformó el jurado responsable de evaluar los trabajos presentados a su consideración, integrado por Federico E. Mariscal, Manuel Ortiz Monasterio, Vito Alessio Robles, Federico Ramos y el ya mencionado general Sáenz. En julio de 1947, se declaró ganador el proyecto presentado por el arquitecto Enrique Aragón Echegaray y el escultor Ernesto Tamariz, titulado *Elevación*—por cierto, en un principio se pensó importar mármol italiano para levantar la estatuaría, pero ante el alto costo del mismo se prefirió usar materiales nacionales—. También varió el criterio original de erigir el monumento por medio de la suscripción popular y se costeó con fondos del gobierno federal y de los estados, así como con aportaciones de diversas secretarías y empresas descentralizadas.

Sacralizar un monumento sin huesos no tenía mucho valor simbólico y por ello se dio la orden presidencial de

conseguir los restos de los héroes a como diera lugar. El elegido para cumplir la encomienda fue el general Juan Manuel Torrea,¹³ importante historiador militar y ferviente admirador del teniente coronel Felipe Santiago Xicoténcatl, comandante del heroico Batallón Activo de San Blas que fue aniquilado en el asalto al Cerro del Chapulín, cuya tumba había localizado en el panteón de San Fernando en 1928.¹⁴ A fines de marzo del mismo 1947, el general Torrea localizó unos restos al pie del ahuehuete conocido como "El sargento". Según los peritos dictaminadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, los restos—seis calaveras y seis esqueletos—pertenecían a cinco adultos jóvenes, y a uno un poco mayor. En mayo, el veredicto emitido por los especialistas apuntaba que se podía "aceptar que los restos encontrados corresponden a los Niños Héroes de Chapultepec".¹⁵ Las dudas sobre la autenticidad de las osamentas terminaron el 9 de septiembre cuando, por medio de un decreto presidencial, se confirmó el carácter genuino de los despojos y se colocaron en seis urnas de cristal y plata sobredorada, listas para recibir la veneración oficial y popular.¹⁶ Posteriormente, esos objetos se trasladaron a Palacio Nacional, específicamente al despacho privado del titular de la Secretaría de la Defensa Nacional, general Gilberto R. Limón, en espera de que se erigiera el "Altar de la Patria" en aquel edificio. El licenciado Alemán escribió en sus memorias que el de los cadetes caídos en el cumplimiento de su deber es "uno de los episodios más trágicos que registra nuestra historia, pero también una de sus páginas más hermosas, dado el irrecusable patriotismo de quienes con su sangre la escribieron".¹⁷

En los días septembrinos dedicados a conmemorar la guerra del 47 y celebrar las fiestas patrias se publicaron ar-

¹³ El general Torrea fue secretario de la Asociación "Supervivientes del Ejército Republicano" y presidente de la Asociación de Alumnos del Colegio Militar. En la época que nos ocupa se desempeñó como presidente de la Academia Nacional de Historia y Geografía.

¹⁴ En el homenaje a su héroe favorito, el general Torrea declaró, entre triste y resignado: "Aquí, todo se hace a los cien años; fue necesario un siglo para que se levantara el monumento a los Héroes de la Independencia y después de un siglo también se rinde el debido homenaje al héroe máximo de Chapultepec, coronel Felipe Santiago Xicoténcatl." *Excelsior*, 13 de septiembre de 1947.

¹⁵ Citado en Bernardo Manuel Ibarrola Zamora, "Juan Manuel Torrea: biógrafo de banderas. Una aproximación a la historiografía militar", tesis de licenciatura en historia, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 1996, p. 95.

¹⁶ En el citado decreto se lee que la defensa del Castillo de Chapultepec "constituye un ejemplo que debe ser transmitido a todas las generaciones de la Nación Mexicana y glorificado este hecho como el episodio más limpio y noble de nuestra historia". *Excelsior*, 10 de septiembre de 1947.

¹⁷ Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*, Grijalbo, México, 1987, p. 291.

¹² Vid Enrique Plascencia de la Parra, "La conmemoración de los Niños Héroes. Origen, desarrollo y simbolismos", en *Historia Mexicana*, núm. 178, vol. XLV, octubre-diciembre de 1995.

tículos y editoriales dedicados a comentar, aclarar, analizar y refutar diversos capítulos de la historia, en espera del momento culminante de los festejos, cuando se rindiera culto público a los restos de los Niños Héroes, lo que sucedería en el aniversario de su sacrificio. Mientras tanto, seguían las noticias comunes, las de todos los días: por ejemplo, la que da cuenta de las reformas a la Ley de Responsabilidades de los Servidores Públicos con objeto de abatir la corrupción y el peculado, en virtud de las cuales a ella no escaparían ni el propio presidente de la República; la del futuro arresto de traficantes de drogas heroicas, que serían puestos a buen recaudo gracias a la colaboración entre la policía metropolitana y la de narcóticos, unidas en la lucha contra el crimen a petición expresa de las autoridades estadounidenses; la de las zapachas desatadas entre los alumnos de los colegios Luis Vives y Cristóbal Colón, a quienes dividían posturas ideológicas irreconciliables —lo que motivó que se prohibiera la venta de la bandera española amarilla y gualda enarbolada por el general Francisco Franco—; de la muerte de Manolete y el éxodo judío a Palestina; la de la guerra contra los hambreadores y los pavorosos problemas de tránsito y estacionamiento en el primer cuadro de la ciudad, junto a la propaganda de los polvos “Cocaína en flor” (“fragancia delicada, que inquieta y atrae”), y la invitación a Miss América 1947 para que honrara con su presencia las fiestas de la Independencia.

La tónica seguida durante esos días se dictó desde la visita del presidente Truman, meses atrás: había que olvidar rencores y afanes de venganza, ya que los nuevos tiempos exigían la colaboración y el trabajo fecundo y creador con el fin de alcanzar la grandeza prometida por lo menos desde los tiempos del barón de Humboldt. Así lo expresó el presidente Alemán ante su colega estadounidense, cuando aludió al centenario que se avecinaba: la historia se hace todos los días “y su grandeza no reside en la voluntad de eternizar el pasado, sino, al contrario, en la aptitud para transformar el pasado en presente activo y para cimentar, sobre sus premisas, un mejor y más sólido porvenir”. Si bien es cierto que nuestros pueblos se enfrentaron en la guerra, actualmente “ninguna rivalidad nos separa, ningún complejo nos contrapone. Somos

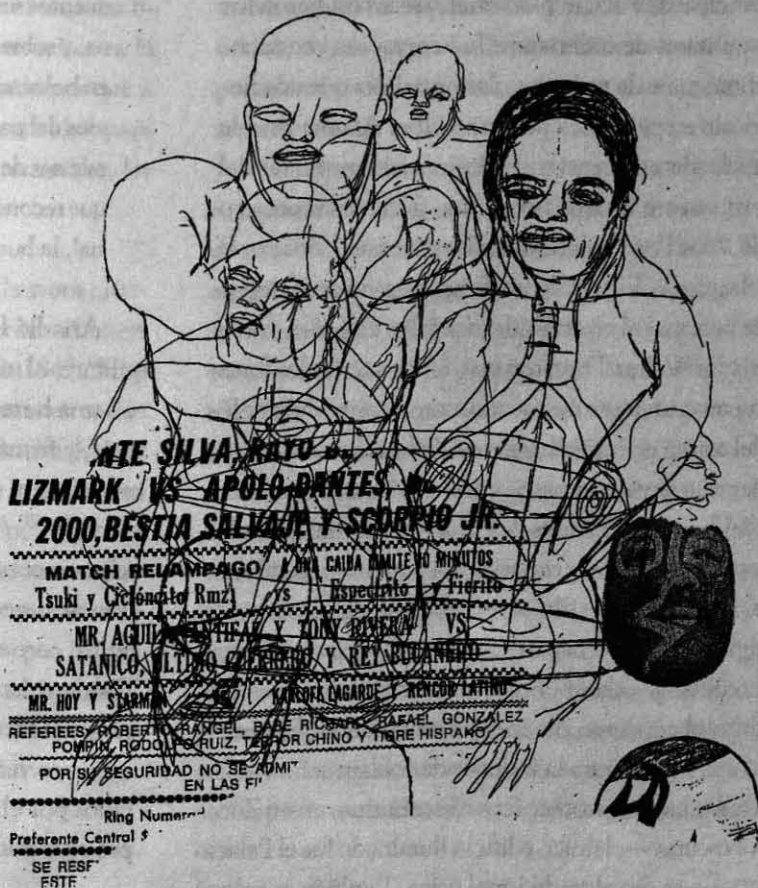
dos países amigos, vecinos, semejantes en muchas cosas y, en otras, muy diferentes”.¹⁸ Posteriormente, en ocasión de su primer informe de gobierno, el Ejecutivo puntualizó la necesidad de no vulnerar la unidad nacional, tan trabajosamente alcanzada, pues era precisamente en la desunión cuando se sufrían las asechanzas externas:

Si hace cien años hubiera existido la mutua confianza que ahora liga a gobernantes y gobernados; si los mexicanos de entonces hubieran tenido la conciencia que hoy tenemos de la unificación nacional, quizás nos hubiera ahorrado el destino la dura lección que hoy recordamos, más que con amargura, con la decisión de aprovecharla.¹⁹

El 13 de septiembre se celebraron homenajes a los Niños Héroes en todo el territorio nacional: en la capital se expusieron las urnas con las “veneradas cenizas” en un túmulo erigido en la Plaza de la Constitución, frente a la

¹⁸ Citado en general Juan Manuel Torrea, *A cien años de la epopeya. Rendido homenaje a los héroes*, México, 1947, p. 60.

¹⁹ *Excelsior*, 14 de septiembre de 1947, p. 8.



Damián Flores Cortés



A LAS 8:30 P.M.
POR EL CAMPEONATO
MUNDIAL DE PAREJAS C.M.L.L.
HIJO DEL SANTO Y NEGRO CASAS
 CAMPEONES
 CONTRA
 WAGNER



✦ **NINOS GRATIS HASTA 1**

Demián Flores Cortés

puerta principal de Palacio Nacional, y se les rindieron los honores militares de ordenanza, la veneración presidencial y el homenaje de todas las clases sociales que acudieron al Zócalo en patriótica peregrinación. Acudieron a la ceremonia cadetes de casi todas las escuelas militares del continente, entre los que no podían faltar los representantes de West Point, algunos de los más asediados por la prensa y las chicas. El presidente Truman envió como representante personal al contralmirante John C. Jones. Éste y el embajador Walter Thurston asistieron a todos los festejos y ocuparon un lugar destacado, como conspicuos delegados del otrora enemigo histórico. En sesión de Congreso General se develó la placa conmemorativa con letras de oro: "A los Niños Héroes de Chapultepec" mientras los alumnos de las escuelas primarias del Distrito Federal acudían en romería al castillo, a sentir *in situ* el heroísmo de sus antepasados. Por otra parte, las fiestas patrias resultaron un poco desangeladas; aunque ya no había restricciones en cuanto al consumo de energía eléctrica, el Ejecutivo ordenó que se celebrara la independencia sin estridencias; así no hubo juegos pirotécnicos ni serenata y, en un Zócalo casi a oscuras —el único edificio iluminado fue el Palacio Nacional— se dio el tradicional grito. También se colocó la primera piedra del futuro hemicycle, en donde ante-

riormente se encontraba la fuente de las ranas, que se demolió. Los planes eran terminarlo al año siguiente, pero no se inauguró el monumento hasta el 27 de noviembre de 1952, en las premuras del final de sexenio y dentro de una intensa agenda del mandatario saliente, envuelto en una vorágine de inauguraciones y homenajes.

La retórica esgrimida durante la solemne conmemoración del centenario se ejemplifica bien en lo escrito por el influyente periodista Carlos Denegri, a cargo de quien corrió la nota principal en el periódico *Excelsior*:

Con una solemnidad indescriptible, el presidente de la República puso ayer los cimientos de la estructura espiritual y política que en lo sucesivo mantendrá erguido para siempre el nuevo edificio de la mexicanidad. Tras cien años de sacrificios sin nombre y de renuncia-

mientos sin par, nuestro patriotismo alcanza su madurez plena, y sobre la tumba misma de sus más caros héroes, brinda en holocausto a ellos el perdón de todo un pueblo a los agravios del pasado; al mismo tiempo que abre de par en par las puertas de México a un entendimiento entre las naciones que reconozcan como principio de convivencia internacional, la buena vecindad y el respeto mutuo.

Añadió Denegri que la nueva generación de civiles y militares al mando del país "renunciaban magnánimamente a una herencia de odios vengativos y rencores destructivos, y firmaban simbólicamente, con su presencia, una nueva Acta de Chapultepec: la del patriotismo bien encauzado".²⁰ Apuntemos que dicho medio de comunicación no era incondicional del gobierno; ya que, desde una posición de derecha, criticaba muchas de las actuaciones oficiales, pero se trataba de la época en que el culto al gran Tlatoani estaba en su apogeo y el Estado mexicano se erigía en el factótum de la vida nacional.

Pero veamos lo que dicen los militares, bien representados por el general Aarón Sáenz, presidente del comité pro construcción del monumento de marras. Principió por

²⁰ *Ibid.*, p. 1.

recaltar que en México se vivía una época de paz y progreso, que se extendía a la totalidad del continente americano gracias a la buena vecindad y a la solidaridad entre las naciones que lo componían, tal como lo había testimoniado en la reunión de Río la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR). Ahora se vivían tiempos nuevos, y exigían sepultar las rencillas que nos dividieron en el pasado:

No es nuestro propósito desenterrar agravios ni revivir pasiones por hechos consumados, que el tiempo ha marchitado, sino cumplir con el deber sagrado de invocar, en el recuerdo de un fracaso glorioso, la gesta altiva de los héroes, que a cambio de sus vidas nos legaron la gloria de sus nombres, como un símbolo de honor y dignidad.²¹

Los cadetes del Heroico Colegio Militar también participaron en la ceremonia; por cierto, el discurso del sargento segundo Manuel Varela Olmos fue uno de los más emotivos:

No hace falta que juremos ante los muertos que seguiremos su huella histórica. En el juramento a la bandera lo hicimos. Sólo falta, al estar animados con el impulso final y dar el trágico salto desde las alturas envueltos en la enseña patria, que siempre, siempre recordemos que a ellos, para ser vencedores, les bastó estar vencidos; para ser héroes, les bastó ser niños, y para ser inmortales, les bastó morir.²²

Los intelectuales fueron los que dieron la nota crítica, como debe ser. Agustín Yáñez pidió hacer un examen de conciencia al recordar los acontecimientos de 1847: "Hay que reconocer la derrota y nuestra culpa, y no caer en lamentaciones e invectivas. Mucho antes de la lucha, México ya estaba derrotado por su imprevisión, por la ambición e incompetencia de los caudillos, por la corrupción general, que iba desde los soldados hasta las clases acomodadas, y por su inconsistencia ética." Agregó que nuestra actitud fatalista nos había vencido de antemano, por lo que era necesario aplicar las lecciones del pasado a la actualidad, con el fin de no repetirlas.²³ Alfonso Caso, secretario de Bienes Nacionales e Inspección Administrativa, por su parte llamó a la patria en su auxilio:

¡Madre y maestra! Enséñanos nuevamente a vivir y morir por ti. Enséñanos que la vida no consiste sólo en satisfacer los propios goces; que la miseria de tus hijos, es tu miseria; que te traiciona quien sacrifica a su interés el de todos; que es con lágrimas y sangre como se crean y se mantienen los privilegios, y que estas lágrimas y esta sangre, son de México.

Terminó su discurso con un reclamo para salvar a la juventud mexicana "de la ineptitud y de la corrupción"²⁴ (el maestro Caso no alcanzó a finalizar el sexenio en el cargo que le fue asignado).

Por último, tenía razón el titular de la Secretaría de Educación Pública, el anteriormente citado Manuel Gual Vidal, cuando expresó acerca de los celebrados aguichos: "Con justicia puede afirmarse que, gracias a ellos, México logró uno de sus más valiosos tesoros en su integración nacional como pueblo independiente y soberano, transformando la derrota brutal de las armas, en un triunfo de la conciencia patria."²⁵ Los heroicos infantes son un magnífico ejemplo cívico para la niñez y la juventud mexicanas, por lo que las autoridades de esa secretaria arrebataron el símbolo a los militares, que fueron los primeros en erigirlo y venerarlo, se apoderaron de él. En el periodo analizado, y en correspondencia con la megalomanía del titular del Ejecutivo, el homenaje a los Niños Héroes corrió a cargo de la presidencia, y terminó por convertirse en un homenaje al homenajeador.

El centenario de la guerra contra los Estados Unidos se conmemoró de acuerdo con las circunstancias propias de nuestro país hace medio siglo, y recurriendo a la retórica de la buena vecindad y la ideología de la guerra fría. Así, se hizo hincapié en la necesidad de practicar la solidaridad continental ante el "peligro rojo" y de imponer la equidad, el respeto y la colaboración en las relaciones entre las democracias, política aplicada junto al impulso del crecimiento económico con objeto de desactivar la protesta social, caldo de cultivo del comunismo, y de alcanzar un nuevo estadio de desarrollo, ahora industrial, cualitativamente diferente del que México había tenido durante siglos. Lo anterior se consiguió al tiempo que se extendía una resignada actitud ante la convicción de que, en el mundo interdependiente de posguerra, las estridencias nacionalistas quedaban en el pasado, aunque se intensificó el culto a los héroes y creció la necesidad de preservar la identidad y la soberanía nacionales. ♦

²¹ *Ibid.*, p. 3.

²² *Excelsior*, 15 de septiembre de 1947, p. 1.

²³ *El Nacional*, 3 de septiembre de 1947, 2ª sección, p. 1.

²⁴ *Ibid.*, p. 15 de septiembre de 1947, p. 3.

²⁵ *Excelsior*, 14 de septiembre de 1947, p. 16.